

UNA CIUDAD PARA EL HOMBRE

Manuel Rodríguez Maciá

*«Creo en la utopía, no aquella con la que nos evadimos
sino en la que nos proyectamos con una voluntad de hierro».*

(E. Mounier)

Entendemos la ciudad como un hecho cultural, producto de la convivencia humana, además de resultado de una dinámica económica originada en unas necesidades de intercambio.

En la ciudad el hombre vive, trabaja, tiene sus lugares de reunión, de transacción económica o de mercadería, se divierte, crea su representación colectiva por medio de fiestas, celebraciones y acontecimientos de la más diversa índole e incluso en la ciudad o en sus alrededores se acota un espacio para enterrar a los muertos.

La ciudad es el resumen de la vida del hombre, quizá la más alta creación de la colectividad humana e incluso en ocasiones una singular obra de arte. En la historia de las ciudades se puede seguir las distintas etapas de la vida del hombre. También a lo largo de la historia del pensamiento humano, la ciudad ha sido objeto de estudio y de propuesta: en la ciudad se ha concretado en muchas ocasiones el ideal de vida del hombre, desde la polis griega hasta las ciudades ideales del renacimiento o las ciudades inmateriales de Campanella y Moro o de Charles Peguy. Todas estas propuestas han sido a menudo puntos referenciales en siglos posteriores a su formulación, además de haber influido frecuentemente en algunas de las realizaciones urbanas de las grandes ciudades europeas y americanas.

El papel de la ciudad es de enorme importancia en nuestro tiempo. Los graves problemas de nuestra sociedad son los problemas de nuestras ciudades, el paro, las bolsas de pobreza, la marginación social ... También en la ciudad se originan grandes expectativas para el ciudadano, posibilidad de realización profesional, acceso a los bienes de la educación y la cultura. Mayor oferta de oportunidades en definitiva.



No podemos olvidar hasta qué punto en la construcción europea, si queremos construir una Europa de los ciudadanos, una ciudadanía europea, debe escucharse la voz de las ciudades. Europa es fundamentalmente una cultura urbana.

En el despertar de mi vocación política jugó un papel fundamental la lectura y el estudio de la obra de Mounier. En mi tesis de doctorado estudié el concepto ideal de la ciudad en su obra. Tengo que confesar que siempre ha permanecido en mí esa actitud utópica aprendida en la obra de Mounier.

Una utopía abierta, no un mundo ideal cerrado, una utopía comprometida en construir una ciudad humana, una ciudad armoniosa por llamarla con palabras de Charles Peguy. Esa ciudad para mí tiene un nombre, es mi propia ciudad de Elche a la que siempre me he sentido unido y a la que hace ya varios años sirvo primero como concejal de mi Ayuntamiento y desde hace seis años como Alcalde.

Y lo que quiero reflejar en este artículo es el resultado de un trabajo por construir una ciudad que tenga una dimensión humana.

La ciudad de Elche que tiene actualmente doscientos mil habitantes tal vez tenga las dimensiones de lo que pueda ser una ciudad ideal para vivir, un lugar en el que existen amplias posibilidades de promoción personal ya sea en el mundo laboral como educativo, cultural, etc. y al mismo tiempo alejada de los problemas que presentan las grandes ciudades del país.

Un aspecto a destacar en la ciudad de Elche sería el dinamismo económico y empresarial que la ha convertido en el último siglo en uno de los centros industriales significativos de nuestro país. Una consecuencia importante de este dinamismo económico ha sido la intensa emigración que se ha producido en Elche durante las décadas de los años sesenta y setenta: más de la mitad de la población actual es originaria de otras regiones españolas. Conviene destacar, sin embargo, la integración que se ha producido en Elche entre la población autóctona y la que ha venido de fuera: la vertebración social conseguida entre ambas comunidades es una de las características más destacables de la ciudad.

En este aspecto hemos procurado siempre poner de manifiesto lo positivo y enriquecedor que es para la ciudad la convivencia de diversas expresiones culturales. Recuerdo la importancia de algún gesto simbólico a este respecto como fue el hecho de denominar a las calles de un barrio de Elche por el nombre de los pueblos y ciudades originarios de los que allí vivían. Esta política de promoción de la propia cultura de la población inmigrante se ha visto que ha sido beneficiosa para el propio desarrollo de la lengua autóctona. Elche es hoy día la ciudad con mayor demanda de estudios en valenciano. Hace escasas fechas se publicaba una encuesta en la que cerca del noventa por ciento de la población decía que no les importaba la lengua en la que el interlocutor les hablara (catalán-castellano). La armonía de la ciudad se consigue cuando cada uno se expresa con su propia voz.



Desde el municipio trabajo por hacer realidad el hecho de que nuestra ciudad en su propia fisonomía urbana sea un lugar de encuentro. Esa idea de ciudad como la casa común de todos los ciudadanos se manifiesta en el propio desarrollo urbanístico. Sin duda la obra más considerable que se ha emprendido ha sido convertir en un gran bulevar (la Avenida de la Libertad) lo que hasta entonces constituía la línea divisoria entre la ciudad en la que vivía la población originaria y los barrios de mayor concentración de origen de otras regiones, ello ha convertido a lo que podría ser un barrio marginado en un lugar central de la ciudad, llevando a cabo un plan de integración de barrios.

Esta labor de integración también se lleva a cabo procurando que los espacios públicos de la ciudad al igual que las dotaciones públicas sean lugar de encuentro tanto para las personas mayores como para los jóvenes y los niños. Ello se ha concretado en la labor de eliminación de las barreras arquitectónicas, la creación de centros sociales en todos los barrios destinados a toda clase de público, en la construcción de la Residencia de Ancianos ubicada en un lugar vital de la ciudad con el fin de que puedan participar de la vida de la misma y no se convierta en un *gheto*.

Por otra parte y de forma paralela hemos intentado recuperar el centro histórico de la ciudad mediante la restauración de los monumentos llevando a cabo un programa eficaz y destinando los edificios restaurados al uso y disfrute del ciudadano. Pero también se han recuperado los espacios públicos singulares como plazas, paseos o jardines. Todo ello desde la perspectiva de que sean un espacio de encuentro entre los ciudadanos.

Este centro histórico hemos procurado conectarlo con los barrios nuevos, donde hay una pujante actividad económica. En este sentido, hemos pretendido que el centro histórico no tuviera carácter museístico sino que conservase sus actividades económicas y poblacionales como una parte fundamental de la vida en la ciudad.

También se ha llevado a cabo la recuperación de barrios antiguos con el mantenimiento de la tipología de las viviendas, pero construyéndolas con las exigencias del confort actual y haciéndolas asequibles a capas humildes de la población, fundamentalmente a las originarias de ese barrio, el cual, por otra parte, se ha completado con dotaciones y equipamientos públicos.

Entre los monumentos restaurados se encuentran algunas de las fábricas del siglo pasado o de principios de éste que, después de una cuidadosa restauración de arqueología industrial, han sido destinadas también a usos públicos como colecciones, museo de la industria, etc. o bien dándoles una finalidad *artística* o *monumental* a construcciones que antes tenían una funcionalidad productiva.

Dada la peculiaridad de Elche, rodeada de huertos de palmeras, ha tenido especial importancia la conversión en parques de muchos de ellos, ajardinándolos y disponiéndolos para el uso ciudadano.



Es necesario recobrar el sentido de la ciudad como lugar de encuentro pero para ello, la ciudad debe tener unos claros puntos referenciales, históricos, culturales, habitables, en suma, la ciudad. Desde esta perspectiva, la ciudad debe ser objeto de rehabilitación, puesto que de lo contrario sería puro territorio.

Hemos de recobrar la medida de la ciudad que no puede ser otra que la dimensión propia de la estatura humana. El aprecio de la ciudad ha de ser valorado y medido desde la antropología y no desde la métrica.

La labor por construir una ciudad hecha a la medida del hombre debe llevarnos a tener un concepto dinámico de la ciudad, ya que la ciudad debe estar en permanente revisión: ese es el concepto de utopía que defendía Mounier. La frase con la que encabezo este artículo es prueba de ello.

Al hacer esta breve exposición de lo que ha sido mi experiencia política en la ciudad no pretendo otra cosa que manifestar el deseo de recuperar el sentido de la vocación política que es consustancial con la idea de *polis*. Manifestar, en suma, mi convicción de que es posible transformar nuestras ciudades en un entorno en el que se recupere el sentido de la vecindad.